

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Francisco

Discurso

A las parejas de novios que se preparan para el matrimonio

14 de febrero de 2014

1.ª pregunta. Miedo al "para siempre"

Santidad, hoy son muchos los que piensan que prometerse fidelidad para toda la vida es una empresa demasiado difícil; muchos sienten que el desafío de vivir juntos para siempre es hermoso, fascinante, pero demasiado exigente, casi imposible. Le pedimos unas palabras para iluminarnos sobre esto.

Agradezco el testimonio y la pregunta. Os explico que ellos me enviaron las preguntas con antelación. Se entiende que, así, yo he podido reflexionar y pensar una respuesta un poco más sólida.

Es importante preguntarse si es posible amarse "para siempre"; esa es una pregunta que debemos hacernos. Hoy, muchas personas tienen miedo de tomar decisiones definitivas. Un joven decía a su obispo: "Yo quiero llegar a ser sacerdote, pero solo durante diez años"; tenía miedo a una decisión definitiva. Pero es un miedo general, propio de nuestra cultura; tomar decisiones para toda la vida parece imposible, porque hoy todo cambia rápidamente, nada dura mucho. Y esa mentalidad lleva a muchos que se preparan para el matrimonio a decir: "estamos juntos mientras dure el amor"; ¿y luego? Saludos y nos vemos... y así termina el matrimonio. ¿Pero qué entendemos por "amor"? ¿Es solo un sentimiento, un estado psicofísico? Ciertamente, si es eso, no se puede construir sobre ello algo sólido.

a querernos! Cuanto más os encomendéis a Él, tanto más vuestro amor será "para siempre", capaz de renovarse, y vencerá cualquier dificultad. Eso quería deciros, respondiendo a vuestra pregunta. ¡Gracias!

2.ª pregunta. Vivir juntos: el "estilo" de la vida matrimonial

Santidad, vivir juntos todos los días es hermoso, alegre, sostiene, pero es un desafío que hay que afrontar; creemos que es necesario aprender a amarse. Hay un "estilo" de la vida de la pareja, una espiritualidad de lo cotidiano, que queremos aprender. ¿Puede ayudarnos en esto, Santo Padre?

Vivir juntos es un arte, un camino paciente, hermoso y fascinante. No termina cuando os habéis conquistado el uno al otro; es más, es precisamente entonces cuando empieza. Ese camino diario tiene normas, que se pueden resumir en estas tres palabras que has dicho, palabras que ya he repetido muchas veces a las familias: *permiso*, o sea, "puedo", *gracias*, y *perdón*.

"¿Puedo? ¿Permiso?". Es una petición educada para entrar en la vida de otro con respeto y atención. Es necesario aprender a preguntar: "¿puedo hacer esto?, ¿te gusta si lo hacemos así, si tomamos esta iniciativa, si educamos así a los niños? ¿quieres que salgamos esta noche...?". En definitiva, pedir permiso significa saber entrar con cortesía en la vida de los demás; escuchadlo bien: con cortesía. Y no es fácil, no es fácil. A veces se usan maneras un poco ásperas, como botas de alpinismo; el auténtico amor no se impone con dureza ni agresividad. En las *Floreccillas* de san Francisco se encuentra esta expresión: «*Has de saber, hermano carísimo, que la cortesía es una de las propiedades de Dios... la cortesía es hermana de la caridad, que extingue el odio y fomenta el amor*» (Cap. 37). Sí, la cortesía conserva el amor; y en nuestras familias, en nuestro mundo, a menudo violento y arrogante, hay necesidad de mucha más cortesía. Y eso puede comenzar en casa.

"Gracias". Parece fácil pronunciar esta palabra, pero sabemos que no es así. ¡Y es importante! Se la enseñamos a los niños, pero después la olvidamos. Una anciana, una vez, me decía en Buenos Aires: "La gratitud es una flor que crece en tierra noble". Es necesaria la nobleza del alma para que crezca esa flor. ¿Recordáis el Evangelio de Lucas? Jesús cura a diez enfermos de lepra y solo uno regresa a darle gracias, y el Señor pregunta: "Y los otros nueve, ¿dónde están?". Esto es válido también para nosotros: ¿cómo podemos...? En nuestra vida cotidiana, en la vida matrimonial, es importante mantener

paces. Recordadlo bien: ¡nunca terminéis la jornada sin hacer las paces! Si aprendemos a pedirnos perdón y a perdonarnos mutuamente, el matrimonio durará, avanzará. Cuando vienen esposos ancianos que celebran su 50° aniversario a las audiencias o a misa aquí en Santa Marta, les pregunto: "¿Quién soportó a quién?" ¡Qué hermoso! Todos se miran, me miran, y me dicen: "¡Los dos!" Y esto es hermoso, un testimonio hermoso.

3.ª pregunta. El estilo de la celebración del Matrimonio

Santidad, en estos meses estamos haciendo muchos preparativos para nuestra boda. ¿Puede darnos algún consejo para celebrar bien nuestro matrimonio?

Haced que sea una verdadera fiesta, porque el matrimonio es una fiesta; pero una fiesta cristiana, no una fiesta mundana. El motivo más profundo de la alegría de ese día nos lo indica el Evangelio de Juan: ¿recordáis el milagro de las bodas de Caná? En un momento dado faltó el vino, y la fiesta parecía arruinada. Imaginad que se termina la fiesta bebiendo té... no, no sirve; sin vino no hay fiesta. A sugerencia de María, Jesús se revela por primera vez en ese momento, y hace un signo: transforma el agua en vino y, al hacerlo, salva la fiesta de bodas. Lo que sucedió en Caná hace dos mil años sucede en realidad en cualquier fiesta nupcial: lo que hará pleno y profundamente auténtico vuestro matrimonio será la presencia del Señor, que se revela y nos da su gracia. Es su presencia la que ofrece el "vino bueno", es Él el secreto de la alegría plena, la que calienta verdaderamente el corazón; es la presencia de Jesús en esa fiesta. Que sea una hermosa fiesta, pero con Jesús, no con el espíritu del mundo, ¡no! Se puede percibir cuándo está ahí el Señor.

Pero, al mismo tiempo, es bueno que vuestro matrimonio sea sobrio y ponga de relieve lo que es verdaderamente importante. Algunos están más preocupados por los signos exteriores, el banquete, las fotos, los vestidos, las flores... son cosas importantes en una fiesta, pero solo si son capaces de indicar el verdadero motivo de vuestra alegría: la bendición del Señor sobre vuestro amor. Haced lo posible para que, como el vino de Caná, los signos exteriores de vuestra fiesta revelen la presencia del Señor, y os recuerden a vosotros y a todos los presentes el origen y el motivo de vuestra alegría.

Y he aquí que los dos se miran, se miran, y me dicen: "¡Los dos!" Y esto es hermoso, un testimonio hermoso.